



# Del metaindividuo al poliindividuo

método NUHMA

Betzalel Elazar

tequisté

## **Del metaindividuo al poliindividuo Método NUHMA**

© de los textos: Betzalel Elazar, 2023

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2023

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: octubre de 2023

ISBN: 978-987-8958-42-2

### **Editorial Tequisté:**


[hola@tequiste.com](mailto:hola@tequiste.com)

[www.tequiste.com](http://www.tequiste.com)

 @tequiste

 @tequiste

 @tequisteeditorial

 AR +54 9 11 6154 5552

ES +34 657 20 65 99

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, auditiva, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Betzalel Elazar

Del metaindividuo al poliindividuo : método Nuhma /

Betzalel Elazar. - 1a ed. - Pilar : Tequisté. TXT, 2023.

222 p. ; 18 x 13 cm.

ISBN 978-987-8958-42-2

1. Ensayo Filosófico. I. Título.

CDD 199.82

Dedicado a la humanidad toda, en especial a aquellos soñadores de la poesía utópica del cambio, buscadores incansables de la unidad armónica de las melodías de la diversidad de colores.

A todos ustedes, no olviden que las generaciones futuras esperan con ansias los resultados de nuestros comprometidos esfuerzos por un futuro mejor.

# Contenido

13	<b>Introducción</b>
39	La identidad individual
43	Relaciones endógenas y exógenas
63	<b>El metaindividuo</b>
65	Interacciones con la triple E
66	Las emociones
67	Expectativas
76	Egoísmo
77	Resumen
78	Configuración Especulativa de Conducta
80	Juicio - triple E y la realización de los deseos
84	Juicio- triple E y la construcción de la identidad individual
91	Juicio-triple E y la afirmación de la identidad
95	Desconfianza-triple E y la realización de los deseos
99	Desconfianza-triple E y construcción de la identidad

102	Desconfianza-triple E y la afirmación de la identidad
104	Usufructo-triple E y la realización de los deseos
106	Usufructo-triple E y la construcción de la identidad individual
107	Utilidad-triple E y la afirmación de la identidad individual
109	Conclusión de la configuración especulativa de conducta
119	<b>El poliindividuo</b>
134	La confianza
138	La lealtad
143	La reciprocidad
154	El amor
163	El altruismo
166	La ataraxia
171	Configuración especulativa de conducta
175	Reciprocidad, triple A y la realización de los deseos
177	Reciprocidad, triple A y la construcción de la identidad individual
179	Reciprocidad, triple A y la afirmación de la identidad individual
181	Lealtad triple A y realización de los deseos
183	Lealtad, triple A y la construcción de la identidad individual

- 186** Lealtad, triple A y la afirmación de la identidad individual
- 188** Confianza, triple A y la realización de los deseos
- 190** Confianza, triple A y la construcción de la identidad individual
- 192** Confianza, triple A y la afirmación de la identidad individual
- 194** Conclusión de la Configuración especulativa de conducta
- 195** Reciprocidad, triple A y la realización de los deseos
- 195** Reciprocidad, triple A y la construcción de la identidad individual
- 196** Reciprocidad, triple A y la afirmación de la identidad individual
- 196** Lealtad, triple A y la realización de los deseos
- 197** Lealtad, triple A y la construcción de la identidad individual
- 197** Lealtad, triple A y la afirmación de la identidad individual
- 198** Confianza, triple A y la realización de los deseos
- 198** Confianza, triple A y la construcción de la identidad individual
- 199** Confianza, triple A y la afirmación de la identidad individual

200	Personalidad poliindividual
205	<b>NUHMA</b>
209	1. Rivalidad destructiva por alter éxito
212	2. Colectivos por metacolectivo
213	3. Individualidad por consciencia unificadora
214	4. Sujeto económico por sujeto consciente
217	<b>Conclusión</b>



# Del metaindividuo al poliindividuo

método NUHMA

Betzalel Elazar



tequisté





## Introducción

**B**ien conocida es la herencia que nos legó la revolución industrial: en el principio fueron las industrias y los trabajadores. Entonces, las industrias crecían transformando la economía rural en una urbana y mecanizada. Viendo el hombre que estos cambios eran auspiciosos, los impulsó mediante la construcción de ferrocarriles, carreteras y comunicaciones, además del motor a vapor que movilizaría barcos y trenes. Dio origen en este escenario al sindicalismo, la anarquía, el socialismo y el comunismo, producto de la brecha entre el proletariado y la burguesía. Fue así el primer nivel de la exaltación del individuo conocido como primera revolución industrial.

Dijo la humanidad: necesitamos descubrir la factibilidad de nuevos materiales en pos del creci-

miento productivo, experimentando —entre otras cosas— un notable avance en materia de aplicaciones químicas, medicinales y tecnológicas de la mano de la electricidad y el aprovechamiento de combustibles fósiles como el petróleo y el gas. Comenzó así una nueva fase de explotación de recursos naturales, a la vez que promovió innovaciones tecnológicas que impactaron en un incremento de la productividad. Siguiendo esta línea, es que se enfatiza la educación con el objetivo de ser funcional a tales propósitos, lo que lleva a la internacionalización de la economía que genera la primera globalización y, consecuentemente, el segundo nivel de exaltación del individuo conocido como la segunda revolución industrial.

Dijo la humanidad: dignifiquemos como líderes y sabios a aquellos que impulsen la hipercompetitividad industrial; a los que sienten las bases de la especulación económica y el capital enmascarado bajo la apariencia de progreso, fomentando la internacionalización productiva donde el capital se expande o reproduce con el único objetivo de obtener más capital. Esta situación demanda, para ser sostenida, el alto costo de la explotación de los

recursos naturales de manera inconsciente e indiscriminada. Por otra parte, se hace visible la necesidad de crear un sistema bélico capaz de resguardar dichos intereses económicos y recursos, de los demás competidores, mostrando su cara más fea con la primera guerra mundial, la depresión del '29 y la segunda guerra mundial. Estos eventos evidencian la concreción del tercer nivel de individualismo, donde el único perdedor fue la humanidad toda.

Dijo la humanidad: creemos una sociedad de consumo de servicios y productos con el objetivo de aumentar el consumismo, perpetuando así el sistema capitalista; promoviendo una normativa social y moral con una ética predeterminada con estándares funcionales a dicho sistema, donde se castigue a quienes se salgan de la norma impuesta, cosificando a la otredad al punto de que esta se convierta en un recurso. Que sea entonces un medio para un fin, es decir, la naturalización del recurso humano y de la competitividad supuestamente necesaria para dar con este estándar ideal de vida adiestrado; ideal que será debidamente promocionado, como único objetivo a seguir, por los medios propagandísticos masivos como la teledifusión de

ese entonces. Mientras que por otra parte se busca establecer la ciencia como una nueva religión, con sus dogmas y profetas. Con todas estas herramientas, el cuarto nivel de individualismo está en condiciones de hostigar a los que estén por debajo de su nivel.

Dijo la humanidad: que sea promovido todo avance científico en materia técnica y de salud, siempre que esté destinado a generar dividendos en el mercado bursátil. Caso contrario, serán desalentadas toda proliferación de ideas que no coticen en bolsa. Además, se crearán las tecnologías digitales de comunicación, las que acentuarán la globalización de la información y la manipulación a su conveniencia. Estos grandes avances tecnológicos constituyen un gran orgullo para la humanidad y una oportunidad para evolucionar, por lo que generará una división entre quienes quieren utilizarlos para el servicio de la humanidad y aquellos que desean usufructuar de las ventajas de estos para su propio beneficio político y material. De esta manera, el quinto nivel de individualismo es afianzado.

Dijo la humanidad: que sea justificada por cualquier medio la competitividad despiadada, la co-

sificación y cuantificación de la otredad. Como así también, la explotación de los recursos naturales más allá de sus límites, impactando en la contaminación ambiental desproporcionada. Todas estas acciones con el único objetivo de acumular bienes materiales y sostener el sistema capitalista a cualquier costo. Otra tendencia decadente promoverá que las redes sociales reemplacen virtualmente las relaciones humanas. Mientras que por otra parte se fomentará la hiperestimulación emocional acostumbrando a los usuarios a volverse reactivos emocionalmente a los contenidos de dichas redes sociales. Esta hiperreacción emocional será trasladada a la vida cotidiana, debilitando así las relaciones interpersonales. La diversidad que rodea al individuo es necesariamente etiquetada y discriminada consecuentemente con sus paradigmas e ideales, fanatizando al punto de la violencia más primitiva cualquier causa, dando como resultado brechas sociales aparentemente irreconciliables. En cuanto a la educación, la investigación científica o cualquier nuevo paradigma estarán destinados a sostener el sistema que mantiene al sujeto económico como esclavo voluntario del apego a sus deseos y capri-

chos. Mas quienes traten de trascender la norma serán objeto de manipulaciones propagandísticas del mercado que intentará captarlos para que sean fieles capitantes o en su defecto serán condenados socialmente por el simple hecho de no cumplir con los estándares que impulsa el sistema como modelo de vida en tanto enajenación y vorágine extrema. Dicha alienación autoimpuesta implica el sacrificio supuestamente loable de la salud, familia y tiempo en pos del presunto ideal de felicidad consumista. Finalmente, de esta manera, estarían dadas las condiciones para conquistar el sexto nivel del individualismo, nivel que se constituye en la máxima expresión extrema del individualismo, dando lugar así al nacimiento del metaindividuo.

Entonces... la humanidad ya no dijo, por el simple hecho de que ya no pudieron escucharse entre ellos. Pues, por la tragedia que supone la pérdida de la capacidad de entenderse, el mundo entero corrió las peores de sus suertes, ya que cada metaindividuo contribuía a fragmentar cada vez más la humanidad en pos de un sistema económico extravagante y burdo, basado en la pobreza de la mayoría y la acumulación vergonzosa de unos pocos; creyén-

dose estos últimos con la potestad de calificar la calidad ética de cada persona que esté por debajo de su perspectiva cuantificadora, a la vez que deciden quiénes son merecedores rentables del acceso a la atención sanitaria, educación o alimentación saludable. De esta manera, la raza humana sería la responsable indiscutible de la extinción de cientos de especies, incluyendo la corrupción y la ruina definitiva de las fuerzas elementales de la naturaleza encargadas de sostener y hacer viable la vida en este planeta. Lo que llevaría por lógica inevitable a la propia extinción, dando por finalizada de esta manera la carrera atolondrada comenzada por el 1760 aproximadamente y que podría concluir afianzando sus vergonzosos caprichos destructivos alrededor del 2040. Esta situación nos deja ante la evidencia de un proceso devastador de no más de 280 años, tiempo suficiente para demostrar la capacidad destructiva y el resultado visible del tan ponderado progreso individualista excesivo que decidió explorar la raza humana. Es decir, desde la exaltación de la mínima razón que excusara la división —nacionalidades, religiones, razas, política, ideas, clases sociales, etc.—, hasta

el usufructo irresponsable de todo cuanto rodeara a tan enaltecido y consagrado metaindividuo, hijo indiscutible de la competencia despiadada en tanto cuantificación de la otredad, consumismo esclavizante y apariencia especulativa.

Hasta aquí, el paralelismo con el libro del Bereshit (génesis), incluyendo el comienzo con la letra B como en el Bereshit que empieza con la ב (B). Como es sabido, este es el primer libro de la *Torá* o biblia hebrea y relata precisamente el bereshit (el comienzo), el principio de la creación en seis días. Mas lo que describe esta analogía es un comportamiento exactamente opuesto a la creación, demostrando claramente que, de seguir este curso, es probable que sea el último libro que escriba la humanidad.

Está claro que, en este séptimo nivel, la humanidad alcanzó un estadio contradictorio, obteniendo algunos resultados positivos y otros no tanto. Sin embargo, lo que se cuestiona es el costo de dichos resultados beneficiosos, los que sin duda se obtuvieron sacrificando la dignidad de la raza humana y corrompiendo abusivamente su entorno natural en nombre del progreso. Desde la aparición del sujeto



económico, la humanidad ha experimentado una vorágine individualista que se acentuará con el correr del tiempo, a la vez que se adaptará a los diferentes avatares de los diversos contextos históricos volviéndose marcada la distancia del individuo con la otredad en tanto probabilidad de sí mismo. Por lo que decantará, por lógica, en una definición que supera sin duda al individuo común, yendo más allá del individualismo, pero sin la trascendencia de este. Es decir, se podría inferir que es un individualismo por sí y para sí en su máxima expresión, un... metaindividuo.

No obstante, otra opción que tiene la raza humana en este séptimo nivel es el de comprender su rol de socio cocreador, responsable desde un estado de consciencia que le permita ser consecuente con sus acciones; entender que la necesidad de cambio de paradigmas en aras de trascender este metaindividuo en el que ha devenido es fundamental para su subsistencia. Precisamente es en este punto donde es posible reescribir la historia, una que demuestre la capacidad rectificadora natural que posee la humanidad en vistas de sentar las bases para la evolución de esta en su totalidad; buscando trascender

el metaindividuo con los valores que fomentarán la construcción de un poliindividuo no antropocentrista y donde la fortaleza de la manifestación individual se basará en la capacidad inclusiva del individuo. En otras palabras, debe existir una transición del metaindividuo al poliindividuo.

La raza humana ha caído en la trampa de creer que ha trascendido la estructura comunitaria primitiva; que, por el hecho de haber conquistado la escritura y el arte o explorado la tecnología y la ciencia, ha dominado también la máxima expresión de la evolución sociológica. Tal vez, en algún punto es comprensible que así lo crea, ya que ha obtenido (en algunos casos, no en todos) muy buenos resultados a través de las organizaciones sociopolíticas y las instituciones religiosas. Ambas orientadas principalmente a la mejoría de las sociedades, pero con estrategias obviamente diferentes. Es decir, mientras las religiones buscan religar, o volver a unir al individuo con la Divinidad, impactando así en el comportamiento de una comunidad, en su cultura y desarrollo, las organizaciones sociopolíticas plantean códigos de convivencia, leyes y normas cívicas

que influirán directamente en la conformación de la cultura, la proyección social y económica y la organización psico-afectiva. Hasta aquí es evidente el refinamiento sistemático y paulatino que se ha logrado, a lo largo de la historia de la humanidad, en materia de organización social. Pero no es precisamente a estos logros evolutivos a los que se hace referencia a la hora de hablar de trascendencia de la estructura comunitaria elemental, es más bien a un factor arraigado en la configuración neurológica primitiva del individuo.

Se trata de la perspectiva de percepción de la otredad. Es decir, en los albores de la historia de la humanidad dicha percepción era *yo contra ellos*. Esto sin dudas duro poco, puesto que el individuo necesitaba del clan para sobrevivir, por el simple hecho de que procurar refugio, comida y naturalmente la preservación de la especie a través de la reproducción era una empresa de grupo. El resultado de este paso evolutivo en pos de la supervivencia decantó en una de las principales características del ser humano: el sujeto social. Por otra parte, en el contexto de sentido de pertenencia y supervivencia grupal surgió la segunda singularidad perceptiva de la

otredad: el *nosotros contra ellos*. Dicha impresión está fundada en la competencia entre clanes por dominio del territorio, coto de caza, recursos para la subsistencia o de cuanta rivalidad surgiera que pusiese en peligro a alguno de los integrantes del propio clan. Esta percepción del nosotros contra ellos —que originalmente surgió por una necesidad de supervivencia en el periodo que se podría denominar popularmente como la era de las cavernas— está completamente arraigada en el área del cerebro destinada a tal fin, es decir, en el sistema límbico.

Por otra parte, es claro que, a pesar de los avatares evolutivos enumerados al principio de esta meditación en tanto sujeto social, esta percepción de la otredad conocida como *nosotros contra ellos* fue mutando sistemáticamente. Encontrándose así reflejada no solo en clanes o etnias definidas, sino también en naciones, religiones, colores políticos o parcialidades de cualquier índole.

Mas cabe preguntarse, ¿qué tipo de similitudes comparte el humano actual con aquel homo-sapiens del paleolítico? Pues básicamente esta percepción de la otredad conocida como *nosotros contra ellos*, originada en la necesidad de supervi-

vencia. Hoy en día esta tendencia se ve cristalizada en la fragmentación social, en cada colectivo o parcialidad política, en religiones, nacionalidades, incluso en facciones que agrupan a individuos en pos de ideales que defiendan una minoría, etc. En cada uno de estos ejemplos se ha visto actuar a la humanidad de la manera más primitiva, agresiva y vergonzosa, desconociendo la igualdad a la vez que usufructuó abusivamente de la intolerancia irracional, culminando en el fanatismo irascible.

Queda claro entonces que no es una novedad en la historia de la humanidad esta forma de percepción de la otredad. Mas lo que sí es llamativo es la profundidad con la que se ha acentuado dicha percepción sociológica desde el comienzo de la primera revolución industrial hasta la actualidad, dando lugar como consecuencia inevitable a la formación de individuos cada vez más egoístas de cara a los requerimientos que gradualmente se vuelven más extremos en materia de supervivencia. Siendo así que el individualismo debe ser explorado en su máxima expresión, a la vez que se naturaliza la justificación cercana al solipsismo que desdibuja a la otredad al punto de la cosificación y la insensibilidad respecto

a su existencia. Dicho de otra manera, se normaliza un *todos contra todos*.

Eso es lo que se intenta recrear en la clara referencia al tratado de Bereshit (génesis), en el cual se muestra un paralelismo entre los siete días de la creación y los siete niveles de individualismo. Es una suerte de boceto tristemente pintoresco de una de las eras que contribuyó —entre otras cosas— al agravamiento de la tendencia social individualista, pues es lógico pensar que la construcción del individualismo existió desde mucho antes de la revolución industrial. Mas es visible su exaltación durante el periodo citado y posterior a él, como también el resultado destructivo (opuesto a la creación) en el que devino el entorno natural del hombre, la contaminación y eliminación de especies animales y vegetales, como así también la subyugación y la desigualdad a la que fue sometida paulatinamente la humanidad toda.

Sin embargo, retrotrayéndonos algunos párrafos en nuestra meditación, cabe preguntarse por qué razón es que se ha acentuado desde la primera revolución industrial la tendencia *nosotros contra ellos* sostenida por un individualismo extremo que

tiende a fragmentar la sociedad cada vez más. Pues la respuesta es sencilla: por la sobreestimulación del sistema límbico, en particular de la amígdala. Como se sabe en la actualidad, además del procesamiento de las reacciones emocionales, su función es la de detectar y generar una respuesta a cualquier amenaza a la supervivencia del individuo. Esto es que, sin ánimos de ser un tratado sobre neurología, podemos inferir que al momento de constituirse el humano cavernario en clanes lo hace por una necesidad de supervivencia. Mas en la actualidad, signada por la revolución industrial, este se ve expuesto permanentemente a la amenaza de su supervivencia debido a la diversidad de factores de cambio que naturalmente sufre su entorno social, económico, etc. El sujeto se encuentra, de esta manera, sometido al estímulo permanente generado por dicha incertidumbre, por lo que necesariamente debe volverse competitivo en función de su propia supervivencia y la de su pequeño clan o familia. Es así que el sistema límbico amigdalino es permanentemente blanco indiscutido de cuanta influencia externa que sea detectada como una amenaza para la concreción o la sustentabilidad de los objetivos básicos del indi-

viduo. Por lo que, en resumen, el sujeto se construye en su individualismo con el fin principal de supervivencia, debatiéndose así aparentemente de forma indefinida con el drama de la subsistencia ante la desgracia del infortunio.

En este contexto es claro ver como se fueron creando una diversidad de paradigmas y mandatos sociales con el fin de sostener y justificar las acciones destinadas a acentuar este individualismo extremo en pos del sujeto económico y su relación con el capital. Pues el individuo del paleolítico y el sujeto de consumo actual sienten una ansiedad similar, más allá de las diferencias en cuanto a sus estándares de supervivencia. Ya que tanto uno como el otro deben suplir sus necesidades básicas a riesgo de no lograr cumplir con sus objetivos o perder los logros consolidados hasta el momento; ambos actores separados por eones, pero bajo las influencias del mismo drama: la subsistencia. Esta necesidad desemboca en la consecuencia de generar una tendencia que, como tal, es seguida por la mayoría como respuesta ideal ante el drama mencionado. Dicha tendencia será la de la especulación cuantitativa, en la cual la mayoría de las ideas pro-



venientes del universo de la creación al que tiene acceso la raza humana serán apreciadas y valoradas solo si estas tienen un impacto en el plano financiero o económico. Lógicamente, la especulación cuantitativa financiera busca resolver el drama de la supervivencia del individuo, dando así el protagonismo a esta tendencia antes mencionada.

La peligrosa cercanía con los conceptos solipsistas no son solo una cuestión de semántica, sino más bien una falta de consciencia en las relaciones interpersonales. Lo que sitúa al otro por fuera de toda probabilidad del yo. Es decir, si se sostiene que todo es una invención del yo y que incluso la otredad también los es, entonces esta no sería más que un medio para un fin predeterminado por ese yo que crea y percibe la realidad desde sí y para sí.

Ahora bien, la perspectiva solipsista influye en el entramado de la interrelación social más de lo que nos gustaría aceptar, pues se ha desnaturalizado a la otredad en función del yo de tal modo que esta solo es un algo y no un alguien, dado que todo lo que rodea al yo metaindividual se pretende un objeto funcional a sus objetivos. Mas, para conseguir perpetuar este comportamiento cosificador es

oportuno servirse del desapego y la des-conexión con la otredad que ofrece dicha perspectiva. En la misma solo es posible vincularse con el otro en tanto sujeto funcional pero sin su 'dad', ya que al ser solo otro y no otre-dad no se tiene en cuenta todos los factores implícitos dentro de ese 'dad' que supone la construcción identitaria y la historia del sujeto en sí. A modo ilustrativo se puede decir que d-a-d significaría: d, De dónde vengo; a, Afirmación del yo; y d, Dónde voy.

En otras palabras, al ser solo otro y no otre-dad no se establecerá una conexión con todo aquello que conforma la esencia única del individuo. En esta esencia radica el fermento para la exploración de la mejor versión de la humanidad. Además, teniendo en cuenta esta afirmación, es posible especular que la manifestación más elevada y sublime de dicha esencia será un fiel reflejo de una porción de lo que se conoce como Divinidad.

La Divinidad aquí mencionada refiere no solo a D-os como concepto religioso explorado por culturas ancestrales, o la diversidad de definiciones que se le diera en todo el mundo, sino que además a la idea motora que busca reflejar los más subli-

mes ideales de la humanidad en sus distintas expresiones. La única forma de aproximarse al conocimiento de la mencionada deidad es a través de la consciencia colectiva, puesto que la idea de divinidad surge a través de una necesidad metafísica individual que se termina resolviendo en el colectivo. Dicho de otra manera, la Divinidad —sea cual fuere su definición en cualquier cultura del mundo— buscará ser la idea motora de virtud en todos los aspectos de la humanidad que promueva un equilibrio equitativo entre los integrantes de dicho colectivo. Mas, en este contexto de exploración, donde la humanidad se pregunta cuál es su rol en el universo y si este rol cumple con las expectativas de esa divinidad superior o interior, será que surgen interpretaciones diversas conocidas como prácticas espirituales que algunos denominarán religiones, misticismo, etc.

Más allá del método que se utilice para buscar resolver este interrogante primordial —es decir, sobre cuál es el rol de la humanidad en el universo y si este rol cumple con las expectativas del ser supremo o no— es necesario, en pos de responder satisfactoria y definitivamente, la trascendencia del método en

sí, cualquiera que fuese, buscando así la unificación de la humanidad toda en la diversidad. Mas por lo contrario, la humanidad optó por emplear instituciones religiosas y espirituales como herramientas para conseguir o preservar poder, ya sea político, económico o social, resultando una razón más para fragmentar la sociedad y generar un estado de ansiedad en pos de la supervivencia con un consecuente y efectivo impacto en el sistema límbico.

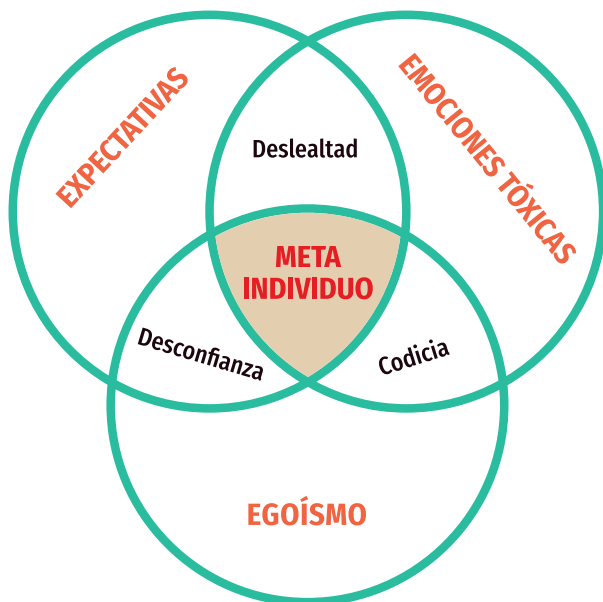
Así pues, para sostener estos paradigmas e imponer una estructura como normativa mayoritaria es necesario educar-adoctrinar a la sociedad a fin de que, utilizando la lógica deductiva en el ejercicio de una supuesta “libertad”, puedan llegar en su mayoría a la misma conclusión o al menos a una similar entre los individuos que la conforman. Esto genera como resultado, en muchos casos, un inconsciente colectivo con una clara inclinación metaindividualista.

En este punto es de vital importancia naturalizar todas las manifestaciones conductuales que sostienen al metaindividuo en el camino a su realización ideal, más allá de lo antinatural que estas pudieran resultar a la consciencia primordial del

sujeto. Por ejemplo, el concepto solipsista que sostiene —entre otras cosas— que el otro no existe por sí, sino que es una emanación de la mente se podría comparar a fines prácticos con la naturalización de la otredad como un medio para un fin o como un recurso humano. En ambos casos la otredad pierde identidad propia, desdibujándose al punto de la cosificación utilitaria. Para sostener y dar vida a esta percepción nociva es menester que el llamado metaindividuo se valga de tres recursos principales. Estos serán: en primer lugar, las *emociones* tóxicas; en segundo lugar, las *expectativas* con fines especulativos y cuantificadores; y en tercer, naturalmente, el *egoísmo* que caracteriza al comportamiento metaindividual.

Estos tres recursos, que llamaremos a fines prácticos *las triples E*, serán el punto de unión de otras tres características principales inherentes a la construcción del metaindividuo como tal: la *desconfianza*, la *deslealtad* y la *codicia*, las que funcionarán en una dinámica que se podría entender como borromeica, ya que para sustentar efectivamente las conductas metaindividuales deberán interactuar en igualdad de intensidad y no ausentarse ninguna de las tres.

Así pues, las tres características principales del metaindividuo estarán afianzadas en sus respectivas uniones por las triples E que se mencionaron con anterioridad, tal cual como se muestra en el gráfico.



No obstante, no hay que olvidar que la proyección del observante en la otredad constituye un recurso que, de no ser anulado totalmente, será el principal motor ético de cuestionamiento necesario. Ya que en el momento que dicha proyección es efectiva, es posible que el yo perciba rasgos propios en la otredad que lo incite a reflexionar en la compasión y la empatía natural del ser humano. Ahora bien, ¿qué proyecta el yo de manera inconsciente en la otredad? Pues, es claro deducir que sus propios anhelos, especulación conductual, miedos y carencias, etc., donde este yo intentará recrearse.

Con la misma claridad que se vislumbra esta proyección es posible inferir que no es probable la teoría solipsista que intenta alejar al otro al punto de pensarlo como un producto de la mente del yo, en tanto construcción real. De modo que, será lógico pensar que, si el yo *es* en la dinámica constructiva respecto a la otredad, será posible solo si esta dinámica *es*, ya que el producto de la construcción del yo será consecuencia directa y necesaria de dicha interacción. Así deriva en la percepción de la realidad a través de inteligir un continuum por el *ser* en esencia. De esta manera, resulta que para lograr acceder al conoci-

miento pleno primero se debe *ser* con y en el otro para afianzar el *ser* individual, esto es que *solo siendo en la pluralidad se puede ser en la individualidad*.

El ideal metaindividual busca alejar al sujeto de toda probabilidad de conectarse con dichas proyecciones que invitarán al desarrollo de las pautas antes expuestas. Por otra parte, fortalece la doctrina de la triple E, es decir, la práctica habitual de las emociones, el egoísmo y las expectativas; las que sostienen sin duda la construcción de la estructura borromeica que nucleará las expresiones de la deslealtad, desconfianza y codicia, impactando de esta forma en el comportamiento cotidiano, no sin ser ocultadas —ya sea consciente o inconscientemente— de la vista del pensamiento crítico general. Esto se debe a que es natural pensar que este tipo de expresiones no son socialmente aceptadas como positivas, en tanto construcción de vínculos interpersonales, mas son practicadas con asiduidad por cada metaindividuo que pretenda subsistir como tal en los tiempos que corren. Es una práctica que sin duda se ve reflejada en los hechos evidentes, visibles e innegables, como los son la desigualdad, las esclavitudes voluntarias e involuntarias y



la aversión rivalizadora y competitiva; hechos que muestran una realidad totalmente opuesta a la libertad, la igualdad y la fraternidad. De esta manera, se vuelve a la raza humana toda contra sí misma en una clara tendencia hacia la involución, es decir, naturalizando el individualismo extremo en un *yo contra todos*.

Como se desarrollará más adelante, la práctica de dichas tendencias reflejará sin dudas una sociedad enferma que empuja a sus propios hijos voluntariamente a formar parte de este ideal de progreso y evolución, donde para conseguir sus sueños deberán aceptar las reglas de juego de la cosificación voluntaria en tanto recurso o la implementación de esta en alguien más. Sus sueños estarán signados por la acumulación satisfactoria de bienes materiales o la mantención de estos. Mas, de esta manera, es claro ver como se vulgariza el concepto de sueño como meta ideal a alcanzar por el individuo, rebajándolo al estándar de mero deseo y la satisfacción del deseo por el deseo mismo.

Así pues, es en este conjunto de meditaciones que se intentará demostrar la factibilidad de cambio de paradigma social del metaindividuo hacia

un polindividuo, donde el motor principal no sea la acumulación de bienes materiales, sino más bien los sueños más profundos de evolución conjunta de la humanidad toda, donde nada ni nadie se quede excluido del plan de transformación global.

Los sueños son comprendidos, desde este paradigma filosófico, como la capacidad del individuo de conectarse con las ideas más sublimes de su plano psíquico espiritual, con el afán de desarrollarlos en el plano físico en pos de la evolución de la humanidad toda, dejando de esta manera todo aquello que tenga que ver con la satisfacción de las necesidades físicas básicas, en el plano de los deseos.

Estos deseos encontrarán su reflejo solo en la mente humana más primitiva y natural, ya que se tratarán de los menesteres primordiales, como, por ejemplo, el refugio. Allí el hombre primitivo, ya sea en la caverna o el actual pent-house, buscará defender su refugio de las amenazas externas. Es decir, a pesar de las diferencias estructurales, sigue siendo un refugio a defender de enemigos externos que quieren apoderarse de su posición, la que debe cuidar mediante la caza abundante o los negocios fructíferos para sostener ese *estatus deseado*. Este

último es el motor de toda planificación, ya sea en estrategias innovadoras de caza, como en inversión en capacitaciones y estudios que lo mantengan a la vanguardia de su perfil laboral, dándole prestigio y seguridad para no perder la caverna / pent-house.

Así que es posible pensar al hombre primitivo como un ente a superar por el nuevo humano que buscará percibir la realidad desde una óptica más allá de este hombre de los deseos por la de un hombre de los sueños, conectado con un estado de plenitud en una percepción del continuum que le permita vislumbrar la evolución de la humanidad toda, en la búsqueda del equilibrio con todo cuanto existe y no existe.

*Cuando la humanidad comience a pensar  
en no tener será allí cuando empezará a ser,  
mientras tanto solo será esclavo de su tener.*

## **La identidad individual**

Es natural pensar la construcción individual como un hecho sano y necesario para la realización del

sujeto en tanto individuo social. Está claro que juega un papel fundamental al momento de pensar en la perspectiva de supervivencia del sujeto como también al momento de consolidar los principales rasgos de la identidad propia. En estos simples ejemplos se pueden vislumbrar los argumentos que demuestran cuán necesaria es dicha construcción individual, a saber, supervivencia e identidad. Puesto que la individualidad se entreteje junto a la identidad del sujeto en tanto relación de los rasgos identitarios respecto a las características del mundo que lo rodea, de dicha interacción surgirá, sin duda, la historia del individuo, la que generará una determinada tendencia de la identidad individual; una construcción del *quién soy* fundada en el *de dónde vengo* y cómo influye este origen en la relación con el entorno del sujeto. De esta manera, constituye la afirmación identitaria del *yo soy*, consolidada en *la calidad* de la relación del individuo con la otredad colectiva, pues es precisamente en esa *calidad* que la tendencia de la identidad individual se constituye en sana o tóxica para el sujeto. Es decir, será sana si dicha tendencia evidencia la suficiente autocracia necesaria para su construc-

ción y afirmación, basándose en una relación armónica con los orígenes del sujeto y su consecuente relación con el entorno. Para tal fin, no depende de hábitos que induzcan a la segregación, el fanatismo, como tampoco estando esta signada por el egoísmo, la emocionalidad tóxica y las expectativas caprichosas, ya que estas serán las principales características del metaindividuo.

Si se sostienen y fomentan los hábitos antes expuestos, la construcción de la identidad individual será tóxica, predisponiendo fácilmente a fortalecer el paradigma *nosotros contra ellos*. Esto es: a través de la segregación, se establece una afirmación de la identidad basada en la exclusión, ya que la fortaleza identitaria se sostendrá en la negación de la otredad a través de un nosotros que otorgue un sentido de pertenencia, excluyendo necesariamente a aquellos que no estén alineados bajo el paradigma de este *nosotros*. Esta acción resultará así en un *nosotros contra ellos* útil a la disgregación antes descrita. El caso será que, en esta dinámica de afirmación de la identidad, el foco del sujeto estará puesto en los paradigmas que marcan la tendencia entre ambas parcialidades y, sobre todo, en las acciones

con las que la otredad sustenta su posición respecto a dichos criterios. Este foco exógeno no hace más que afianzar su elección a la parcialidad que pertenece y la consecuente afirmación de identidad que le otorga la misma.

Es claro inferir, entonces, que la calidad de la relación interpersonal en aras de la construcción identitaria individual estará definida por la toxicidad excluyente de la otredad, en tanto disgregante a través de la fórmula *nosotros contra ellos*. Mientras que, por otro lado, la calidad de las relaciones interpersonales que se cimienten en acciones opuestas se definirá como saludable, ya que estará signada por la inclusión de la otredad y la construcción de paradigmas individuales en conjunto con dicha otredad.

En tanto, la construcción de la identidad individual conocida como individualismo no se definirá en realidad como buena o mala, sino, más bien, necesaria para todo sujeto social, siendo una de las bases fundamentales en las que se sostendrán las relaciones interpersonales. Mas lo que está sujeto a un análisis, si se quiere maniqueista, es la capacidad del sujeto de relacionarse desde un aspecto tóxico o saludable con dicha construcción individual.

## **Relaciones endógenas y exógenas**

Es mediante esta capacidad de interrelación, ya sea sana o tóxica, que el sujeto experimenta una adhesión a cualidades con tendencias afines al tipo de identidad que desea edificar. Es decir, para terminar de definir estas inclinaciones será crucial en *dónde* se centran las fortalezas y debilidades de la composición y afirmación de dicho individualismo. Este *dónde* obedece a la definición en tanto endógena o exógena, es decir: si es interna hacia el yo, la vuelve endógena; si es externa, hacia la otredad, la define como exógena. Por lo tanto, este paradigma direccional terminará definiendo qué tan sana o tóxica será la construcción de la identidad individual.

### **IDENTIDAD ENDÓGENA**

Como se explicó brevemente, la identidad individual centrada en el yo o endógena será por definición la más saludable de las relaciones y veremos por qué. Este paradigma contempla la relación natural ante la primera manifestación del individuo que corresponderá a la respuesta al interrogante

*de dónde vengo*, es decir, la consciencia de los orígenes del sujeto. Los mismos estarán signados por la cultura, la religión o creencias espirituales, las costumbres y la dinámica de estos orígenes con el contexto social actual, que comprenderá los factores de la cultura colectiva, las tendencias y todo lo concerniente a la ética y moral existentes en la interrelación sociocultural y psicoafectiva.

Es de este entramado, entre orígenes y contexto actual, que se afianzará la respuesta a la segunda pregunta, es decir, *quién soy*, la que claramente estará conformada por los hechos empíricos. Esto es la historia propia del sujeto respecto a la interacción de sus orígenes con el contexto que lo rodea, además de su capacidad de resolver las vicisitudes de la subsistencia básicas, proyectándose en la sociedad en la que vive y descubriendo su propósito existencial, a la vez que intentará plasmarlo en su contexto de desarrollo.

Esta delicada dinámica entre la consciencia de los orígenes (*de dónde vengo*), y la interacción con el contexto que rodea al sujeto, desde una conexión consciente y armónica definirá (el *quién soy*), dando como resultado el consecuente fortalecimiento



de la identidad individual. Esta acción marcará, sin duda alguna, el rumbo de la intención de vida y el designio o propósito de la existencia en este plano. Es decir, se generará espontáneamente la respuesta a la tercera pregunta (*a dónde voy*). La capacidad de plasmar dicha respuesta dependerá del nivel de consciencia con el que se establezca una conexión con este paradigma.

Dicho nivel de consciencia al que se hace referencia no es ni más ni menos que la capacidad de compromiso con la que se decida proyectar el *a dónde voy* en consonancia con la propia esencia del individuo, sus capacidades y defectos. Es aquí donde se buscará un equilibrio, tanto en el autoconocimiento, como en la facultad de permanecer consciente y presente, en un *aquí y ahora*, conectado con el contexto que le rodea, pero a su vez con la proyección clara en el destino a alcanzar. Este equilibrio favorecerá sin duda la virtud de permanecer en un estado de consciencia que le permita inteligir de la manera más eficiente, ética y justa la interacción entre sus deseos motores, sus orígenes y su contexto, con su identidad individual en aras de definir su destino y sus objetivos, ya sean trascendentales o no.

De esta manera, es evidente que el hecho de ser pleno en la manifestación consciente que permite una conexión con esta dinámica requiere de presencia en el *aquí y ahora*. Este hecho otorga al individuo un estado de libertad que le permitirá explorar y elegir la mejor probabilidad de sí mismo en tanto constructo de proyección hacia el futuro de su propia identidad.

Mas la conciliación de esta consciencia solo será posible en un sujeto no segregacionista que supere las limitaciones del *nosotros contra ellos*, a la vez que pueda percibir en la otredad colectiva una interrelación necesaria para el desarrollo del *yo*. Sin embargo, esto no significa que tal sujeto será dependiente completamente de la otredad para concretar la afirmación de su identidad. En realidad, es más bien una empresa compartida entre el *yo* y la otredad en cuanto establezcan una dinámica saludable de aceptación y confianza.

Para que esto suceda no debería existir ninguna tendencia especulativa que perciba a la otredad solo como un medio para un fin, acorde con las expectativas o maquinaciones egoístas del individuo, como tampoco una relación emocionalmente tóxica orientada a satisfacer las carencias afectivas que

este pudiera tener. Pues, en este punto, las relaciones deberían ser libres de estos tres factores, a saber: expectativas, emocionalidad tóxica y egoísmo, para así predisponer al sujeto a proyectarse hacia un estadio evolutivo más allá del *nosotros contra ellos*.

### **IDENTIDAD EXÓGENA**

Ahora bien, ¿qué hay de la construcción identitaria individual basada en la otredad colectiva o exógena? Lo primero a tener en cuenta será la relación que tenga dicho sujeto con sus orígenes. Es decir, con el primer interrogante, *de dónde vengo*, ya que este marcará el comienzo de su tendencia exógena. Pues, será visible la percepción negativa que tenga este de los actores principales que les dieron forma a sus orígenes. En este caso el sujeto repara tanto en ellos, como en sus acciones, como culpables directos o indirectos de sus resultados actuales.

Los orígenes representarán entonces, para este individuo, un foco de conflicto, ya que el *de dónde vengo* simbolizará en gran parte las limitaciones en la interacción sociocultural y psicoafectiva, encontrando en dichos culpables la justificación para su

comportamiento respecto a la calidad en las relaciones con la otredad.

Este formato de pensamiento predispondrá al sujeto a abordar la segunda pregunta desde una perspectiva expectante en lo que respecta a su relación con la otredad, puesto que el foco de atención estará tanto en ella como en sus acciones, como consecuencia de la dinámica antes expuesta entre los orígenes y las particularidades del contexto social del que este es parte, trasladando así la percepción subjetivamente negativa que tuviera de sus orígenes al contexto que lo rodea. Esto significa que, así como cree desde su percepción que las acciones de sus orígenes influyen en los resultados de sus proyectos actuales, cree también, con la misma intensidad, que la otredad colectiva y sus actos tendrán una clara —y a veces determinante— influencia en la calidad de los frutos de su esfuerzo por conseguir o preservar sus objetivos. Esto sin duda predispondrá a un estado de alerta y defensa al momento de relacionarse con el contexto que lo rodea, solo que ahora siente que está en condiciones de modificar dichas acciones para que no influyan de manera negativa en las circunstancias

de su vida y por tanto en su identidad individual.

Ahora bien, es lógico inferir que en toda situación de interacción está implícita de por sí la influencia de la otredad y sus acciones. Mas lo que caracteriza a este tipo de personalidad es su relación con la responsabilidad. Es decir, entendida esta como la habilidad de responder ante cualquier acontecimiento producto de la interacción entre los orígenes y el contexto. Por lo que en este caso incitará a manifestar una responsabilidad reactiva ante el contexto que lo rodea, sintiendo que debe defender la realización de sus deseos como así también la construcción y afirmación de su identidad individual. Responderá entonces a la pregunta (*quién soy*), desde una perspectiva de subsistencia o supervivencia, ya que las acciones de la otredad pueden representar una amenaza, lo que sin duda afianzará el foco de atención exógeno desde un estado de ansiedad y juicio.

Sucede que en este punto la ansiedad es provocada, en primera instancia, por conseguir los objetivos de sus deseos motores. Esto, claro, dentro de una relación armónica entre el *de dónde vengo* y el contexto social; situación que contribuirá a afianzar

poco a poco la idea de identidad del *quién soy*. Pero luego de haber conseguido —tanto parcial como totalmente— los objetivos antes descritos, la ansiedad asaltarán una vez más al individuo mediante el temor a perder lo construido hasta el momento. Se generará, así, un estado de alerta natural que derivará en un círculo viciado por el constructo de poder en pos de preservar la realización del deseo.

Es aquí donde se pierde paulatinamente el enfoque de la respuesta a la pregunta del *quién soy* y consecuentemente de la identidad, suplantándola por este circuito funcional al poder del deseo. En consecuencia, no se logrará responder la pregunta, ya que si hubiera que responderla, sería tristemente definirse como... *soy la perpetua construcción de poder con el fin último de resguardar la realización de mis deseos...* En esta situación tampoco se podrá establecer una respuesta clara respecto a la tercera pregunta, es decir, *a dónde voy*. Para ello, es menester conectar tanto con la respuesta de la primera como de la segunda pregunta, desde una perspectiva de consciencia individual y grupal, en tanto interrelación recíproca ausente de todo tipo de tendencia segregacionista.

Un hábito común en la interacción exógena

será el foco en la otredad y sus acciones, producto del estado de alerta al que predispone la ansiedad antes descrita. Esta práctica se realizará en dos formatos: una buscará la aprobación de la otredad mientras que la segunda cuestionará las acciones de esta. Pero ambas estarán orientadas al mismo objetivo: crear una sensación de seguridad a través de creer neutralizada la amenaza que según el sujeto la otredad supone, tanto para su identidad como para los logros conseguidos.

Al “buscar la aprobación”, intentará reafirmar los factores que considera positivos y útiles propios de sus orígenes en pos de una interacción satisfactoria con el contexto que lo rodea. Esto con el objetivo de ver realizados sus deseos motores ya sean básicos o más elaborados.

En esta reafirmación una característica esencial será la de compatibilizar con quienes reafirmen, aprueben o practiquen las mismas tendencias que el sujeto en cuestión. Mas es obvio que, en cualquier interacción sana, este sería un aspecto fundamental en la interrelación social. Pero, en el caso del individuo con una perspectiva exógena y tóxica, será lógico predecir su inminente pérdida de poder en

esta ecuación, ya que olvidará con el tiempo el enfoque que lo llevó en un primer momento a resolver su afirmación junto a la otredad. Pasando a realizar toda acción con el objetivo de congraciarse o demostrar poder y realización ante el contexto que lo rodea. Esta situación devendrá en un hábito dañino y esclavista para sí, por la necesidad permanente de reflejar una apariencia ficticia o simulación. No nos referimos solo a la apariencia como modo de demostrar ante el entorno un supuesto éxito material o intelectual, sino que, además, buscará cumplir con los estándares que él cree que el contexto requiere de sí para aprobar su identidad individual, en tanto sujeto socialmente realizado. Así, depende completamente de la aprobación del otro, al punto de encontrarse viviendo circunstancias en pos de “agradar o encajar” en un grupo, con el objetivo de sentirse a salvo en ese refugio que otorga dicho sentido de pertenencia. Esta situación llevará, entre otras cosas, a que cada vez que el sujeto se sienta inseguro demandará atención aprobatoria por parte de su entorno.

Es así que este perderá el poder que se mencionaba anteriormente, ya que el sujeto ya no tiene la



potestad de reafirmar su identidad individual. No está más en él, sino afuera y, cada vez que requiera reafirmación y fuerza para su constructo individual, deberá buscarlo en el exterior. Él lo entregó voluntariamente... al qué dirán, qué pensarán de mí, que se espera de mí, qué quieren escuchar de mí; al cómo los demás dicen que debo vivir, cuáles son los estándares de éxito de la mayoría donde quiero cuadrar; cómo debo pensar y hablar para ser reconocido o cuáles decisiones son socialmente aceptables, etc. Todas estas expresiones son defendidas como responsabilidades y en un punto es cierto, ya que se deben a la habilidad de respuesta del sujeto en tanto ideal de realización dentro de los parámetros de un individuo exógenamente tóxico.

El caso es que no solo perdió su poder de realización, sino que además la capacidad de ser auténtico. Puesto que a alguien que está dedicado a satisfacer los estándares de cada relación que tiene con la otredad, le será imposible establecer un vínculo con su propia identidad o esencia. Por ende, carecerá de toda posibilidad de autoconocimiento, ya que un pensamiento guiado en esta dirección, en tanto autoconsciente, cuestionará fuertemente la zona de

confort donde se encuentre el sujeto. Naturalmente, una acción de este tipo pondría en peligro toda la estructura que se aprendió por medio de la práctica habitual que hace a la costumbre. Es decir, a resolver la supuesta amenaza de la otredad a través de la aprobación, creyendo de este modo que ya no representará un riesgo para la realización de sus deseos y la construcción de su cuestionable identidad.

Es así que la persona cree que vive en libertad, mas en realidad es esclavo de la aprobación de su contexto social. Esta se vuelve con el tiempo un sueño utópico al que solo puede acceder a través de la imaginación y solo cuando su contexto social le permite imaginar. Sin embargo, solo imaginará lo que dicho contexto quiere que imagine ya que en realidad la libertad le será vedada, puesto que esta solo se alcanza a través del autoconocimiento. Es por ello, precisamente, que la libertad exige una gran responsabilidad. Esta hermosa dama no es alcanzada por aquellos holgazanes que no son capaces de salir de su zona de confort. Disfrutar de sus mieles no está destinado a quienes por pereza o cobardía se entregan al facilismo de que otros aprueben o vivan su vida por ellos, ya sea resolviendo sus

decisiones o marcando su rumbo. Sino, más bien, a aquellos guerreros incansables que menosprecian el confort de un cómodo sentido de pertenencia a un grupo y de que este les diga cómo comportarse, pensar o ser, ya que se adentran en la búsqueda trascendental de la flama del autoconocimiento. Solo ellos tendrán lo que se necesita para disfrutar de la libertad en todas sus expresiones, bondades y bellezas. Solo a través del autoconocimiento es posible estar en condiciones y ostentar la capacidad de cuidar de estos sublimes dones.

Ya descrito este tipo de conducta es tiempo de abordar la segunda actitud que está destinada a relacionarse con la otredad desde una situación especulativa, también con el objetivo de proteger la construcción individual del sujeto y la realización de sus deseos. Pero, en este caso, será desde el cuestionamiento de las acciones de dicha otredad. Este comportamiento estará centrado en una postura de juicio de valores que pesará sobre las acciones de la otredad que forma parte del contexto en el que intentará realizarse el sujeto. Por esa razón, la actitud de juicio predispondrá a centrarse en las acciones y afirmar su identidad en el repudio a estas, si no

están alineadas con sus estándares. Respuesta que será producto, en primera instancia, de la incapacidad de reforzar su identidad con paradigmas propios, producto de la interacción entre sus orígenes y el contexto que lo rodea. No hay que olvidar que la relación con sus orígenes supone un conflicto y que la articulación con el contexto social que lo rodea, una amenaza para sus intereses.

Este tipo de hábito hace muy difícil la reciprocidad natural que surge de dicha interacción y que por lo general ayuda a consolidar ideas respecto al entorno y a la afirmación del yo como constructo social dentro de la otredad colectiva. Además, existirá la tediosa costumbre de relacionarse con la otredad de una manera tóxica desde sus orígenes, así como le será habitual resolver las relaciones desde una tendencia de pensamiento juicioso. También en este caso —esto es con la otredad colectiva— será el juicio sobre las acciones un hábito tendencioso con el objetivo de impedir que estas afecten los paradigmas que sustentan la propia construcción individual.

Esta lectura de acciones nocivas para el sujeto no será solo aquellas que naturalmente y por sentido común repugna a todo aquel que busque el cami-

## ¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para terminar de leer este libro puedes adquirirlo en alguna de las siguientes tiendas online del mundo, tanto en papel\* como en eBook.

\*Para la versión en papel busca la mejor opción según tu lugar de residencia, teniendo en cuenta el envío.

amazon

Google Play  
Books

Apple Books

Gonvill

mercado  
libre

BojaLibros.com

El Corte Inglés

Casa  
del  
Libro

Podi books

SCRIBD

librerías  
gandhi.

libreriadelaU

BARNES & NOBLE  
BOOKSELLERS

fnac

cúspide

BUSCALIBRE.COM

compra directa con descuento solo para Argentina:

[www.tequistelibros.com](http://www.tequistelibros.com)

tequisté